

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría
EDUCACIÓN

Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Una Expedición por el Orgullo

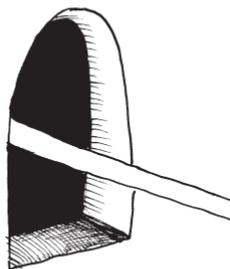
Bogotá sin indiferencia





RELATOS PARA NIÑOS
Y OTROS LECTORES

Alcaldía Mayor de Bogotá
Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación del Distrito



HERMANOS GRIMM
ALEXANDER PUSHKIN
RUDYARD KIPLING



RELATOS PARA NIÑOS
Y OTROS LECTORES

Ilustraciones de Olga Cuéllar



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn
DIRECTORA

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Francisco Cajiao
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

© De esta edición: Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2006
www.idct.gov.co

Bogotá, noviembre 2006

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 978-958-8321-08-0

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

Contenido

INTRODUCCIÓN	9
CUENTO TRADICIONAL INGLÉS	
La historia del Sr. Vinagre	13
HERMANOS GRIMM	
La nariz	20
ALEXANDER PUSHKIN	
La historia del pez de oro	34
RUDYARD KIPLING	
El gato que caminaba solo	43

INTRODUCCIÓN

Se ha dicho muchas veces que la lectura de un cuento le permite a cualquier lector, sea niño, joven o adulto, descubrir maneras nuevas y sorprendentes de lo que significa ser humano. También se afirma que la lectura de una historia echa a andar el delicioso ejercicio de la imaginación, mientras arrastra y conduce al lector a territorios que se sitúan por fuera de la llamada realidad personal, poniéndolo en contacto con individuos que de otra forma nunca encontraría, y donde, generalmente, las cosas reales se mezclan con hechos sin explicación evidente o situaciones fantásticas, de otro tiempo y otro espacio, que pueden dejar a este mismo lector en el desconcierto, el terror o en un divertido entusiasmo. Esta especie de fórmula permite, en definitiva, que la lectura de una historia no sólo sea una experiencia real -en algunos casos verdaderamente física- sino también una auténtica exploración de los distintos mundos donde habitan los corazones de los hombres.

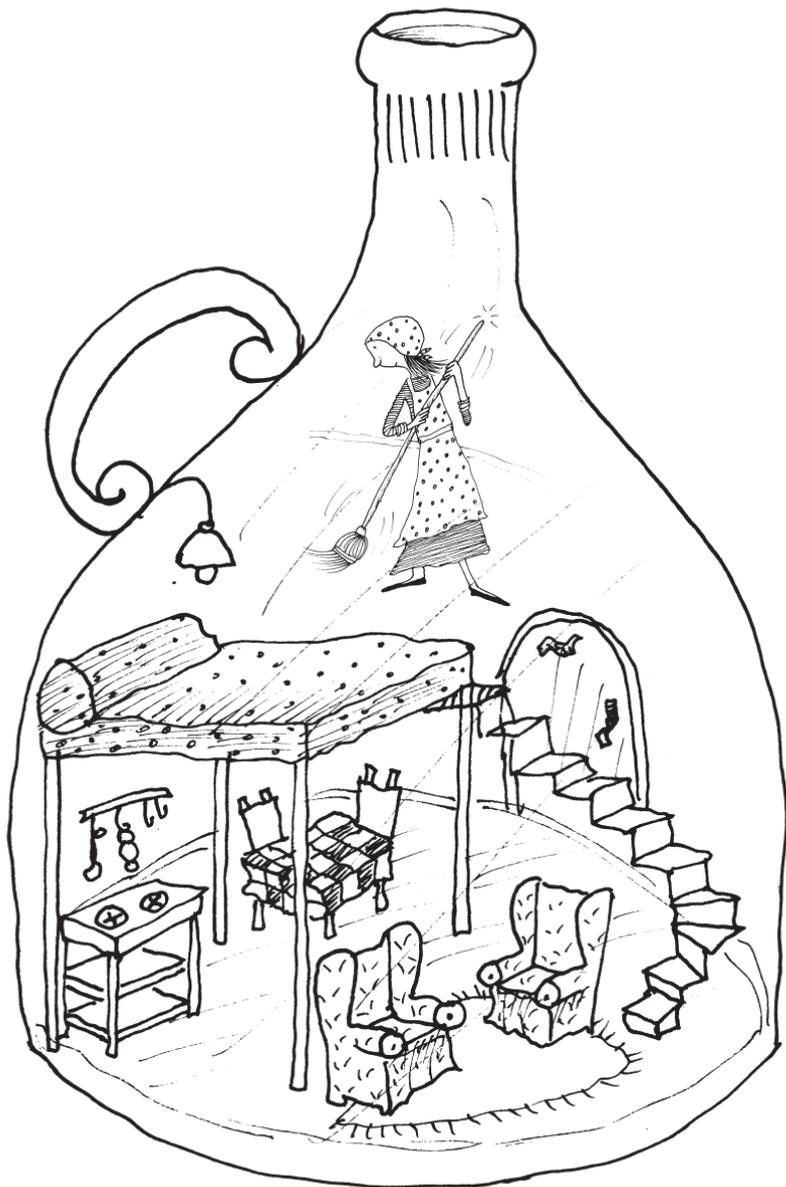
Los cuatro relatos que aparecen en este libro, “La historia del Sr. Vinagre”, “La nariz”, “La historia del pez de oro” y “El gato que caminaba solo”, ofrecen, cada uno a su manera, un camino de exploración hacia ese deleite

de encontrarse con personajes y tramas que revelan algún aspecto secreto o explícito de la vida. En el caso del primero, un relato perteneciente a la tradición anglosajona, los lectores se encontrarán con una divertida ilustración sobre el inocente y necio deslumbramiento de los deseos de un hombre, cuya simpleza le impide reconocer el verdadero valor de las maravillosas cosas que un favorable azar le ha otorgado. En el segundo, escrito por los hermanos Grimm, autores de varios clásicos de la literatura infantil, aparecen varias de las características de los cuentos de hadas, como las apariciones asombrosas, la buena suerte y la desventura inesperadas, con los avatares de los personajes, en este caso tres soldados, enmarcados en un mundo sin tiempo ni espacio, donde los hechos fantásticos se resuelven también y sólo recurriendo a métodos fantásticos.

Tanto en el tercero como en el cuarto relato, el argumento gira alrededor de un animal con propiedades humanas o sobrenaturales, cuya presencia tiene como propósito sacar a la luz la verdadera naturaleza de los protagonistas. En el caso de “La historia del pez de oro”, escrito por Alexander Pushkin (1799-1837), narrador clásico ruso quien recreó varias de las historias ancestrales y populares de la vieja Rusia, el lector podrá ver, gracias a las maniobras de un

pez con poderes maravillosos, hasta dónde conducen la avidez insensata y los caprichosos deseos de quien pretende ser cada vez más poderoso. En el cuarto y último relato, “El gato que caminaba solo”, del escritor británico Rudyard Kipling (1865-1936), famoso por sus historias de *El libro de la selva*, el lector recibirá una verosímil y al mismo tiempo mágica explicación de cómo y por qué los hombres y algunos animales salvajes dejaron de serlo, con excepción del gato, un salvaje que aún convive con el mundo de los domesticados.

En principio, estos cuatro relatos tienen como propósito fundamental el que sean leídos y disfrutados por el público de los niños; sin embargo, y como todas las historias bien contadas brindan siempre alternativas múltiples, con seguridad ningún lector podrá sustraerse a la distracción y al placer que provoca su lectura.



La historia del Sr. Vinagre

Cuento tradicional inglés

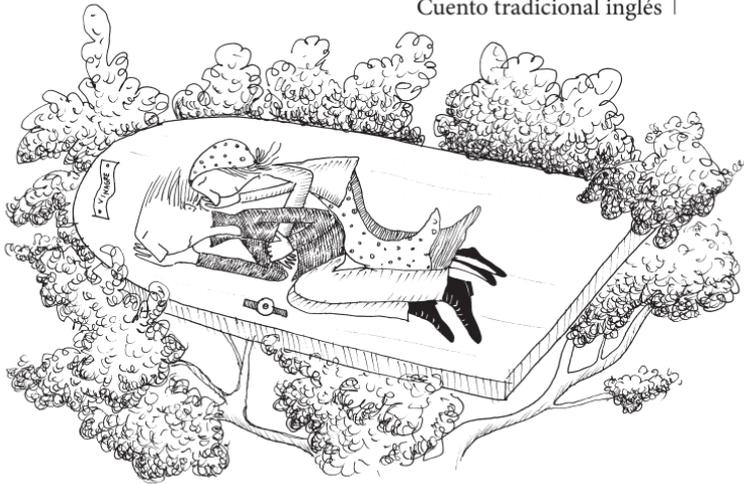
El Sr. y la Sra. Vinagre vivían en una botella de vinagre. Un día, cuando el Sr. Vinagre se encontraba lejos de casa, la Sra. Vinagre, quien era una muy buena ama de casa, se encontraba ocupada arreglando la casa, cuando con un desafortunado golpe de la escoba la casa se vino abajo con estruendos y golpes ante sus oídos. Rompiendo en llanto salió veloz en busca de su marido y, al verlo, exclamó:

–¡Oh, Sr. Vinagre, estamos arruinados! ¡He tumbado la casa y ahora está hecha pedazos!

Entonces el Sr. Vinagre dijo:

–Mi querida, veamos qué podemos hacer. Aquí está la puerta; la cargaré en la espalda, y saldremos a probar fortuna.

Caminaron todo aquel día, y por la noche se internaron en un bosque. Los dos se encontraban muy cansados y entonces el Sr. Vinagre dijo:



–Amor mío, subiré a este árbol, llevaré la puerta hasta arriba, y tú deberás seguirme.

Así lo hizo y los dos se echaron sobre la puerta y se quedaron dormidos. A mitad de la noche al Sr. Vinagre lo despertó el ruido de unas voces abajo, y para desesperación suya advirtió que un grupo de ladrones se dividían el botín.

–Toma Jack –dijo uno–. Aquí hay cinco libras para ti; toma Bill, aquí hay diez libras para ti; toma Bob, aquí hay tres libras para ti.

El Sr. Vinagre estaba tan asustado que con los temblores arrojó la puerta abajo sobre sus cabezas. Los

La historia del Sr. Vinagre

ladrones se dieron a la fuga, pero el Sr. Vinagre no salió de su escondite hasta plena luz del día.

Entonces salió del árbol y fue a recoger la puerta. ¡Pero lo que encontró fue una cantidad de monedas de oro!

—¡Baja, Sra. Vinagre! —gritó—, baja, pues ¡hemos conseguido nuestra fortuna!, ¡hemos conseguido nuestra fortuna!

La Sra. Vinagre bajó tan rápido como pudo, y observó el dinero con igual placer.



–Ahora, querido mío –dijo ella–, te diré lo que haremos. Hay una feria en las cercanías; toma estas cuarenta monedas de oro y vas y compras una vaca. Puedo hacer mantequilla y queso, que después venderás tú, y así podremos vivir confortablemente.

El Sr. Vinagre aceptó alegremente, tomó el dinero y salió hacia la feria. Cuando llegó, caminó de arriba abajo, y a la distancia pudo ver una hermosa vaca roja. Era una lechera excelente, y el Sr. Vinagre pensó, ‘¡Oh, si sólo pudiera tener esa vaca, sería el hombre más feliz de todos!’

Así que ofreció las cuarenta monedas por la vaca, y el dueño después de declarar que, como era amigo suyo, tendría que complacerlo, hicieron el negocio. Orgulloso con su compra, el Sr. Vinagre paseó de un lado a otro la vaca para exhibirla. Después se encontró con un hombre que tocaba la gaita, tralalá, tralalí; los niños lo seguían detrás, y el hombre recogía dinero de todas partes. ‘Bueno’, pensó el Sr. Vinagre, ‘si sólo pudiera tener ese hermoso instrumento, sería el hombre más feliz de todos; estaría hecha mi fortuna’.

Así que se acercó al hombre y le dijo:

–Amigo, qué hermoso instrumento es ese, y qué cantidad de dinero debes hacer.

–Pues sí –contestó el hombre–, hago gran cantidad de dinero, sin ninguna duda, y este es un hermoso instrumento.

–¡Oh! –exclamó el Sr. Vinagre– cómo me gustaría tenerlo.

–Bien –dijo el hombre–, como eres amigo mío, lo puedes tener a cambio de esa vaca roja.

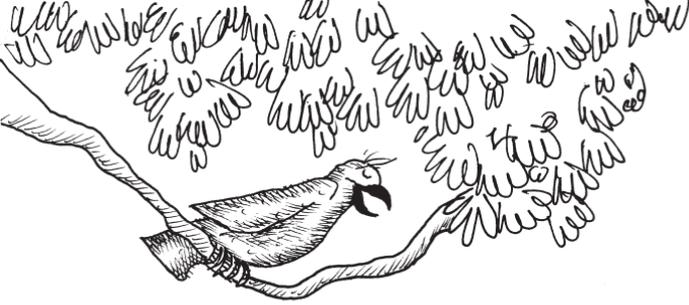
–Hecho –dijo el encantado Sr. Vinagre; así que intercambió la hermosa vaca roja por la gaita.

Empezó a caminar de arriba abajo con su nueva compra, pero no podía tocar una sola nota, y en lugar de recoger monedas, los niños lo seguían abucheándolo y riéndose.

Los dedos empezaron a enfriarsele y, ya bastante avergonzado, empezaba a salir del pueblo, cuando se cruzó con un hombre que llevaba puesto un elegante par de guantes gruesos. ‘Oh, tengo los dedos muy fríos’, se dijo el Sr. Vinagre. ‘Si sólo pudiera tener ese par de hermosos guantes, sería el hombre más feliz de todos’. Entonces caminó hacia donde el otro hombre y le dijo:

–Amigo mío, tiene usted ahí un par de maravillosos guantes.

–¡Sí, verdaderamente! –exclamó el hombre–. Y mis manos están tan calientes como tostadas.



–Bien –dijo el Sr. Vinagre–, me gustaría tenerlos.

–¿Qué me darías a cambio? –preguntó el hombre–.

Como eres mi amigo, los puedes tener por esa gaita.

–Hecho –exclamó el Sr. Vinagre. Se puso los guantes y se sintió muy feliz mientras regresaba a casa.

Al rato se sintió muy cansado, cuando vio que se acercaba hacia él un hombre con una sólida estaca en la mano. ‘Oh’, dijo el Sr. Vinagre, ‘si sólo pudiera tener esa estaca, sería entonces el hombre más feliz de todos’. Entonces le dijo al hombre:

–Amigo mío, que maravillosa estaca lleva usted ahí.

–Sí –contestó el hombre–. La he usado a lo largo de muchos kilómetros y ha sido una excelente compañera; pero si te gusta no me importaría cambiártela por ese par de guantes.

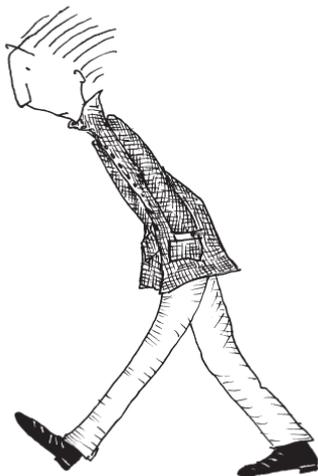
El Sr. Vinagre, que tenía ya las manos calientes y ahora los pies cansados, aceptó el intercambio con satisfacción.

Cuando ya se acercaba al bosque donde había dejado

a su esposa, escuchó un loro que le decía desde la rama de un árbol: ‘Ah, Sr. Vinagre, ¡qué hombre tan tonto e inocentón! Dio todo el dinero en la feria para comprar una vaca; no contento con eso, la cambió por una gaita, que no podía tocar, y que no valía ni una décima parte de ese dinero. No acababa de tener la gaita cuando ya la cambiaba por un par de guantes, que no valían ni una cuarta parte del dinero, y cuando ya tenía los guantes los cambió por una miserable estaca, que pudo haber cortado en cualquier seto’.

El pájaro soltó entonces la carcajada y el Sr. Vinagre, sintiéndose furioso, le lanzó la estaca a la cabeza. La estaca se enredó en el árbol, y así regresó donde su esposa sin dinero, sin vaca, sin guantes, y sin estaca.

FIN



La nariz

Hermanos Grimm

¿Han escuchado la historia de los tres pobres soldados, quienes, después de haber combatido en las guerras, tomaron el camino de regreso a su hogar, pidiendo limosna mientras avanzaban?

Habían recorrido un largo trayecto, con el alma afligida por la mala suerte de haber quedado abandonados en este mundo en la edad madura, cuando llegaron una noche hasta un espeso y oscuro bosque por entre el que tenían que atravesar; la noche los cubrió velozmente, y comprendieron que deberían, sin desearlo, dormir en el bosque; así que para hacer las cosas lo más seguras posibles, estuvieron de acuerdo en que dos se echarían a dormir, mientras un tercero permanecía sentado y vigilando, a no ser que algunas bestias salvajes aparecieran y los hicieran pedazos. Cuando se cansara, tenía que llamar a uno de los otros dos y echarse a dormir a su vez, y así hasta el tercero, de tal forma que la labor se compartiera justamente entre todos.

Los dos que iban a descansar primero se echaron y se durmieron de inmediato, mientras que el otro arregló una muy buena fogata bajo los árboles y se sentó a un lado para vigilar. No acababa de sentarse cuando de repente apareció un hombrecito, vestido con una chaqueta roja.

-¿Quién está ahí? -preguntó.

-Un amigo -contestó el soldado.

-¿Qué clase de amigo?

-Un viejo soldado deshecho -dijo el otro-, con sus



dos camaradas que ya no poseen nada para vivir; venga, siéntese y se calienta.

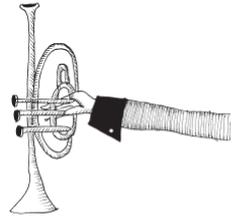
–Bien, mi estimado amigo –dijo el hombrecito–, haré lo que pueda por ti; toma esto y enséñaselo a tus compañeros en la mañana.

Entonces extrajo una vieja capa y se la entregó al soldado, diciéndole que cada vez que se la pusiera sobre los hombros cualquier cosa que deseara se cumpliría; enseguida el hombrecito le hizo una venia y se marchó.

El turno para vigilar del segundo soldado llegó pronto, y el primero se echó a dormir; pero el segundo hombre no acababa de sentarse solo cuando el hombrecito de la chaqueta roja aparecía de nuevo. El soldado lo trató de manera amigable, así como lo había hecho su compañero, y el hombrecito

le entregó una bolsa, diciéndole que estaba siempre llena de oro, permitiéndole tomar todo lo que deseara.

Entonces vino el turno de vigilar del tercer soldado, y él también tuvo la visita del hombrecito, quien le entregó una hermosa



corneta que atraía a las multitudes cada vez que alguien la tocaba; haciendo que todo el mundo olvidara sus asuntos para acercarse y bailar al ritmo de su hermosa música.

Por la mañana cada uno relató su historia y enseñó a los otros su tesoro; y como se querían mucho entre ellos y eran viejos amigos, estuvieron de acuerdo en viajar juntos para ver el mundo, y hacer uso sólo de la bolsa durante un tiempo. Y así pasaron el tiempo con mucha alegría, hasta cuando empezaron a cansarse de esta vida errante, y pensaron que les gustaría tener una casa propia. Entonces el primer soldado se puso la capa encima, y deseó poseer un gran castillo. De inmediato el castillo apareció ante sus ojos; hermosos jardines y prados verdes se desplegaban a su alrededor, y rebaños de ovejas y cabras y manadas de bueyes pastaban por todas partes, y de la puerta salió un hermoso coche con tres caballos de motas grises para venir a recogerlos y llevarlos a su casa.

Todo esto estuvo muy bien por un tiempo; pero no parecía bueno quedarse todo el tiempo en la casa, así que reunieron todas sus finas ropas y todos sus sirvientes, y ordenaron su coche con los tres caballos, y salieron de viaje para ir a visitar a un rey vecino.

Resulta que este rey tenía una única hija, y como tomó a los tres soldados por tres príncipes, les dio amablemente la bienvenida. Un día, mientras el segundo soldado se encontraba paseando con la princesa, ella lo vio con la hermosa bolsa en la mano. Cuando ella le preguntó de qué se trataba, él fue lo bastante tonto como para decirle; aunque en realidad no importaba demasiado, pues ella era una bruja y conocía muy bien todas las maravillas que habían llevado los tres soldados. Además, esta princesa era muy astuta e ingeniosa; así que se puso en la tarea de elaborar una bolsa idéntica a la del soldado, de tal forma que nadie podría diferenciar una de la otra, y después le pidió al soldado que viniera a visitarla, y lo hizo beber un poco de un vino que le tenía preparado, hasta que el hombre quedó dormido casi de inmediato. Entonces buscó en su bolsillo y sacó la maravillosa bolsa y puso en su lugar la que ella había hecho.

A la mañana siguiente, los tres soldados partieron hacia su casa, y poco después de haber llegado al castillo, cuando necesitaron algo de dinero, fueron a buscar la bolsa con tal propósito, y en efecto encontraron algo dentro, pero para su gran pesar cuando la voltearon para vaciarla, nada salió de lo que habían sacado.

Entonces descubrieron de inmediato la trampa, pues el segundo soldado sabía dónde había estado, y cómo le había contado la historia a la princesa, y supuso que ella lo había engañado.

–¡Por Dios! –exclamó– ¡pobres infelices que somos!
¿Qué podemos hacer?



–¡Oh! –dijo el primer soldado–. Que no nos aflija este contratiempo; recuperaré muy pronto la bolsa.

Así que arrojó la capa sobre sus hombros y deseó encontrarse en las habitaciones de la princesa. Allí la encontró sentada sola, contando el oro que brotaba de la bolsa a su alrededor en un torrente. Pero el soldado

permaneció demasiado tiempo observándola, pues para cuando ella lo descubrió se puso de pie y empezó a gritar con todas las fuerzas:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

De tal forma que toda la corte acudió, tratando de atraparlo. El pobre soldado empezó entonces a sentirse terriblemente asustado, y pensó que ya era hora de buscar la mejor manera de escapar; y entonces sin pararse a pensar en la manera inmediata de viajar que le ofrecía la capa, corrió hacia la ventana, la abrió, y saltó afuera; pero desafortunadamente en su afán la capa se enredó y quedó colgando, para gran dicha de la princesa, quien sabía lo mucho que valía.

El pobre soldado hizo su regreso lo mejor que pudo a la casa donde sus compañeros, a pie y de un ánimo decaído; pero el tercer soldado le dijo que no se afligiera, y entonces tomó la corneta y sopló una dulce melodía. Con el primer trompetazo, una tropa innumerable de hombres a pie y a caballo llegó pronto en su ayuda y todos se lanzaron en guerra contra su enemigo. Entonces asediaron el castillo del rey, y le hicieron saber que debería entregar la bolsa y la capa, o de lo contrario no quedaría piedra sobre piedra. Entonces el rey se dirigió a la habitación para conversar con su hija, pero ella le dijo:

—Déjame primero intentar si no puedo derrotarlos de otra manera.

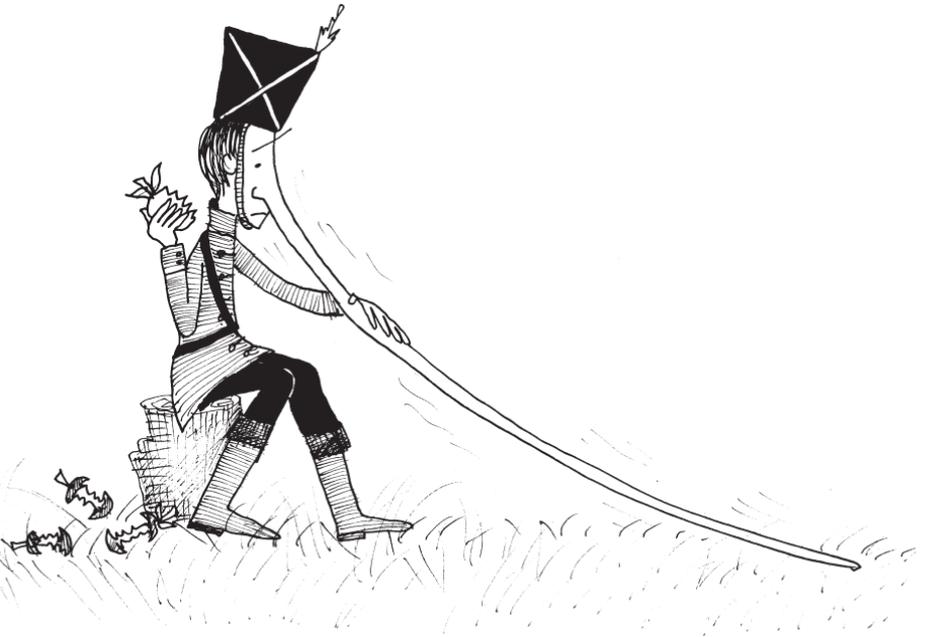
Así que ideó un ingenioso plan para vencerlos, y se vistió como una muchacha pobre con un canasto en el brazo; después salió con su doncella en la noche y se dirigió hasta el campo de los enemigos para vender baratijas.

Por la mañana, empezó a caminar de un lado a otro, cantando de manera tan hermosa que todas las tiendas de campaña se vaciaron, y los soldados se agruparon en multitudes a su alrededor y no querían pensar en otra cosa distinta a escucharla. Entre estos, venía el soldado a quien pertenecía la corneta, y tan pronto como la princesa lo divisó le hizo un guiño a la doncella, quien de inmediato se coló silenciosamente entre la multitud y se dirigió hasta su tienda, donde estaba colgada la corneta y se la llevó. Hecho esto, las dos mujeres regresaron sanas y salvas hasta el palacio; el ejército atacante se retiró y los tres maravillosos regalos quedaron en poder de la princesa, y los tres soldados quedaron tan pobres y desamparados como cuando el hombrecito con la chaqueta roja se los encontró a los tres en el bosque.

¡Pobres hombres! Empezaron entonces a preguntarse qué harían ahora.

–Compañeros –dijo por fin el segundo soldado, a quien había pertenecido la bolsa–, lo mejor será que partamos; no podemos vivir juntos, dejemos que cada uno busque el pan como mejor pueda.

Así que él tomó hacia la derecha y los otros dos tomaron hacia la izquierda, pues prefirieron viajar juntos. Entonces el soldado llegó hasta el bosque donde se habían encontrado con tan buena suerte antes. Caminó durante un rato largo, hasta cuando la noche empezó a caer y se sentó entonces debajo de un árbol y se quedó dormido.



En la mañana, cuando despertó, se sintió encantado al ver que el árbol estaba cargado con hermosas manzanas. Tenía mucha hambre, así que de inmediato tomó ánimamente y se comió una primera manzana, después una segunda, después una tercera. Una extraña sensación le llegó a la nariz; cuando llevaba la manzana a los labios algo se interponía en el camino. Lo tocó y descubrió que se trataba de su nariz, que había crecido tanto que le colgaba hasta el pecho. No se detuvo ahí, sino que siguió creciendo y creciendo. '¡Cielos!', pensó, '¿hasta cuándo dejará de crecer?' Y hacía muy bien en preguntar, pues para ese instante ya había llegado al piso mientras él permanecía sentado en la hierba, y continuaba creciendo hasta que él ya no pudo aguantar su peso, o ponerse de pie; y parecía como si nunca se fuera a detener, pues ya se había estirado a gran longitud a través del bosque.

Entretanto sus compañeros continuaban con su viaje, hasta que de repente uno de los dos se tropezó con algo.

—¿Qué podrá ser esto? —preguntó el otro.

Miraron y no pudieron pensar en otra cosa sino que parecía una nariz.

—La seguiremos y encontraremos al dueño —dijeron.

Así que siguieron su rastro hasta que encontraron a



su pobre compañero echado bajo el árbol de manzanas. ¿Qué podían hacer? Trataron en vano de cargarlo. Atraparon un caballo que pasaba por ahí, y lo subieron al lomo, pero muy pronto quedó agotado por arrastrar semejante carga. Se sentaron a un lado desesperados, cuando de repente se les acercó el hombrecito de la chaqueta roja.

–Por Dios, pero ¿cómo es esto, amigo? –comentó riéndose–. Bien, intentaré la manera de curarte, veré.

Entonces les dijo que alcanzaran una pera de un árbol que crecía cerca de allí y que pronto la nariz volvería a estar normal de nuevo. No perdieron tiempo, y pronto la nariz regresó a su tamaño correcto, para dicha del pobre soldado.

–Haré aún algo más por ustedes –les dijo el hombrecito–. Tomen algunas de esas peras y manzanas con ustedes; cualquiera que coma una de aquellas manzanas le crecerá la nariz así como a ustedes; pero si le ofrecen una pera, la nariz regresará a su tamaño natural. Vayan donde la princesa y hagan que coma algunas de sus manzanas; su nariz crecerá veinte veces más que la de su amigo, y así podrán obtener de ella lo que ustedes quieran.

Le agradecieron profundamente a su amigo por toda su bondad, y estuvieron de acuerdo de que el pobre

soldado que ya había probado el poder de las manzanas llevara a cabo la tarea. Así que se atavió como un jardinero y se dirigió hasta el palacio del rey, y anunció que tenía unas magníficas manzanas para la venta. Todos los que veían las manzanas quedaban maravillados y querían probarlas, pero el hombre dijo que eran sólo para la princesa; y entonces ella mandó de inmediato a la doncella a que le comprara todo el cargamento. Eran tan deliciosas que ahí mismo empezó a comerlas, y ya había devorado tres cuando también empezó a preguntarse qué era lo que sucedía con su nariz, pues creció y creció, hasta el piso, atravesando la ventana, saliendo hasta el jardín, y nadie supo hasta dónde.

Entonces el rey lanzó la proclama que si alguno pudiera curar esta terrible enfermedad sería ricamente recompensado. Muchos lo intentaron, pero la princesa no se curaba. Y entonces el viejo soldado se atavió tan pulcramente como cualquier doctor y afirmó que él po-

día curarla; así que cortó un trozo de la manzana y para castigarla un poco más le dio una dosis, diciendo que vendría al día siguiente para observarla de nuevo. Llegó la mañana, y como, por supuesto, la nariz había seguido creciendo sin parar durante la noche, la pobre princesa se encontraba en una situación desastrosa. Entonces el doctor cortó un pequeño trozo de la pera y se lo dio a la princesa, y afirmó estar seguro de que le haría bien, y que vendría a visitarla de nuevo a la mañana siguiente. Llegó el día siguiente, y aunque la nariz se había reducido un poco, aún estaba más grande que cuando el doctor la visitó por primera vez.

Entonces se dijo, ‘Debo asustar un poco más a esta astuta princesa antes de conseguir de ella lo que quiero’; así que le dio un poco más de la manzana cortada, y dijo que vendría de nuevo al día siguiente. Al día siguiente la nariz estaba mucho más grande que antes, y el doctor dijo:

–Algo está combatiendo mi medicina, y es demasiado fuerte; pero gracias a mis artes sé de qué se trata; usted se ha robado algunas cosas y si no las regresa no habrá ninguna esperanza para usted.

Pero la princesa lo negó todo tenazmente y entonces el doctor le dijo:

–Muy bien, sea lo que usted quiera, pero estoy seguro

de que tengo la razón, y si usted no hace lo que le digo, morirá.

Después fue hasta donde el rey y le contó como era la cosa.

—Hija —le dijo el rey—, devuelve la capa, la bolsa y la corneta que te has robado.

Así que ella le ordenó a la doncella que empacara las tres cosas y se las entregó al doctor, y le rogó que se las entregara de vuelta a los tres soldados. Tan pronto como el hombre las tuvo a buen seguro, le dio de comer a la princesa una pera entera, y la nariz regresó a su tamaño normal. Entonces el doctor se puso la capa, les deseó al rey y a toda su corte un buen día, y se reunió de inmediato con sus compañeros, quienes de ahí en adelante vivieron felices en su hogar en el palacio, excepto cuando salían en su coche con los tres caballos de manchas grises.

F I N



La historia del pez de oro

Alexander Pushkin

Un viejo pescador y su esposa vivían pobremente en una choza a orillas del mar. Un día el hombre no pudo pescar más que lodo y algas marinas. Echó la red una vez más al agua y pescó un pez pequeño, un pececito maravilloso de oro que de inmediato empezó a suplicar con voz humana:

–Buen hombre, ¡déjame regresar al mar! ¡Si me dejas libre, te daré lo que desees!

El pescador quedó maravillado pero también asustado. Llevaba más de treinta años como pescador y nunca antes había encontrado que un pez pudiera hablar.

Entonces echó el pez de nuevo al agua, diciéndole con suavidad:

–Recupera tu libertad en el mar y que Dios te proteja. No necesito ninguna recompensa.

Después regresó a la casa y le narró lo sucedido a su esposa:

–Hoy atrapé un pez extraordinario, un pez de oro.





Además hablaba como tú y como yo. Me suplicó que lo volviera a echar al mar y me ofreció que le pidiera cualquier cosa que deseara. No acepté ninguna recompensa y lo volví a echar al agua.

La mujer al oírlo empezó a insultarlo:

–¡Qué tonto eres! ¿Por qué no aceptaste lo que te ofrecía? Por lo menos le hubieras podido pedir un balde nuevo, el que tenemos está roto.

Entonces el pescador regresó a la orilla del mar y encontró que el oleaje había aumentado. Llamó al pez de oro, que de inmediato apareció y dijo:

–¿Qué deseas, buen hombre?

El hombre le contestó, haciendo una reverencia:

–¡Te pido disculpas, Señor Pez! Pero mi esposa está más molesta conmigo que antes. No tiene misericordia

de mis años. Desea un balde nuevo, pues el que tenemos está roto.

–No te aflijas –respondió el pececito–, tendrás tu balde nuevo y que Dios te proteja.

El pescador regresó de nuevo a la casa y encontró a su esposa con un balde nuevo; sin embargo la mujer empezó a insultarlo una vez más.

–¡Tonto, más que tonto! ¿Piensas que un balde nuevo es una buena recompensa? Regresa donde el pez y pídele una casa.

El pescador volvió de nuevo a la orilla del mar y vio que las olas crecían y entonces llamó una vez más al pez de oro. El pececito apareció y le preguntó:

–¿Qué deseas, buen hombre?

El pescador le contestó con una reverencia:

–¡Te pido disculpas, Señor Pez! Pero mi esposa está más molesta conmigo que antes. No tiene misericordia de mis años. Ahora quiere una casa nueva.

–No te aflijas –respondió el pececito–, tendrás tu casa nueva y que Dios te proteja.

El pescador regresó entonces a su pobre choza. Pero no quedaba ya nada. En su lugar se encontró frente a una casa pequeña de una habitación, con una chimenea de ladrillos y una puerta de roble. La mujer, sentada

junto a la ventana, esperaba al pescador. Cuando lo vio empezó de nuevo a insultarlo.

—¡Tonto! ¡Necio! ¿No fuiste capaz de pedir más que una casa? Regresa donde el pez y dile que no quiero seguir siendo una campesina pobre. ¡Dile que mi deseo es convertirme en una mujer de la nobleza!

El pescador volvió de nuevo a la orilla del mar y vio que las olas crecían y golpeaban con fuerza en la playa. Entonces llamó una vez más al pez de oro. El pececito apareció y le preguntó:

—¿Qué deseas, buen hombre?

El pescador le contestó con una reverencia:

—¡Te pido disculpas, Señor Pez! Pero mi esposa se ha vuelto loca. No tiene misericordia de mis años. Dice que no quiere seguir siendo una mujer pobre y ahora su deseo es convertirse en una dama de la nobleza.

—No te aflijas —respondió el pececito—. Tendrás lo que deseas y que Dios te proteja.

El pescador regresó entonces a la nueva casa. Encontró a su esposa en lo alto de la escalera de entrada a un palacio. Llevaba puesto un abrigo de piel de marta. En la cabeza llevaba un adorno de bordados. Además calzaba unas delicadas botas rojas. Su cuello lo adornaba con un collar de perlas y llevaba anillos y joyas en los

dedos. A su alrededor revoloteaban los sirvientes, y a varios les pegaba o los halaba del pelo.

Cuando se acercó, el pescador dijo:

–Espero que ahora estarás contenta, gran señora.

Pero la mujer empezó a insultarlo como antes y ordenó que lo llevaran a los establos.

Así pasó el tiempo. La desdichada mujer perdía cada vez más la razón. Entonces un día le ordenó a su esposo que fuera a buscar otra vez al pez de oro.

–Ahora dile al pez que no quiero ser una dama de la nobleza. Dile que ahora lo que deseo es convertirme en una Zarina.

Aterrado, el pobre pescador intentó convencer a su esposa que no pidiera semejante cosa.

–¿Qué te pasa, esposa mía? ¿Qué bebedizo te dieron para que hayas perdido la cabeza? ¿Cómo piensas que puedes ser una Zarina si apenas puedes hablar correctamente? ¡Todos se burlarán de ti en el Reino!

La mujer le dio un golpe.



—¿Cómo te atreves a contradecirme? Regresa donde el pez y dile mi deseo, pues, de lo contrario, mis sirvientes te llevarán arrastrado.

El pescador volvió de nuevo a la orilla del mar y vio que las olas crecían cada vez más y golpeaban con más fuerza y que el mar se había ennegrecido. Entonces llamó una vez más al pez de oro. El pececito apareció y le preguntó:

—¿Qué deseas, buen hombre?

El pescador le contestó con una reverencia:

—¡Te pido disculpas, Señor Pez! Mi esposa está completamente loca. Ahora su deseo es convertirse en Zarina.

—No te aflijas —respondió el pececito—. Tendrás lo que deseas y que Dios te proteja.

El pescador regresó entonces a la casa. Encontró esta vez un magnífico palacio y en un inmenso salón vio a su esposa sentada a la mesa, donde sirvientes le servían platos con comidas deliciosas, al tiempo que otros le servían vino exquisitos. Otros más cortaban pan y a su espalda había guardias con hachas sobre los hombros.

Al ver todo esto, el pobre pescador quedó aterrorizado.

—Espero que ahora estés satisfecha, Su Alteza.

La mujer sin ni siquiera mirarlo, ordenó:

–¡Guardias! ¡Sáquenlo del palacio!

Uno de los guardias empujó al pobre pescador y lo hizo rodar por el piso.

En el patio, los otros guardias lo amenazaron con matarlo. Entonces el pueblo le gritó:

–¡Pobre infeliz! ¡Que te sirva de lección! ¡Te lo mereces, pues no hay que pedir lo que no se puede!

Así pasó el tiempo. Entonces la terrible Zarina, angustiada, ordenó a los lacayos de su corte que salieran a buscar a su marido. Cuando estuvo en su presencia la mujer le dijo:

–Regresa donde el pez de oro y dile que ahora ya no quiero seguir siendo una Zarina, que ahora mi deseo es convertirme en la reina del Mar. Mi deseo ahora es vivir en los océanos y ahora quiero que el pez me obedezca y cumpla todos mis deseos.

El pescador volvió de nuevo a la orilla del mar y vio que las olas crecían cada vez más y golpeaban con más fuerza y que el mar se había ennegrecido y se formaba una poderosa tempestad. Entonces llamó una vez más al pez de oro. El pececito apareció y le preguntó:

–¿Qué deseas, buen hombre?

–¡Te pido disculpas, Señor Pez! Pero no sé que hacer

con esta mujer. Dice que ya no quiere seguir siendo Zarina y que ahora su deseo es convertirse en la reina de los océanos, para que así tú tengas que obedecer sus órdenes y cumplir todos sus deseos.

Esta vez el pez de oro no contestó nada y sólo golpeó el agua con su cola. Después desapareció. El pescador permaneció sin moverse de la orilla del mar, esperando una respuesta del pececito.

Como el pez no regresó, el viejo pescador volvió a la casa. Esta vez encontró a su esposa sentada a la entrada de la pobre choza, con el balde roto al lado suyo.

F I N



El gato que caminaba solo

Rudyard Kipling

Escuchen y pongan atención, pues esto aconteció y sucedió y pasó y fue. Oh mis queridos, cuando los animales domésticos eran salvajes. El perro era salvaje, el caballo era salvaje, y la vaca era salvaje, y la oveja era salvaje, y el cerdo era salvaje –y tan salvajes como podían serlo– y caminaban por el pantanoso bosque salvaje por sus territorios solitarios salvajes. Pero el más salvaje de todos los animales salvajes era el gato. El



gato caminaba solo, y todos los lugares eran igual para él.

Por supuesto que el hombre también era salvaje. Era terriblemente salvaje. Incluso no empezó a domesticarse hasta cuando encontró a la mujer, y ella le dijo que no le gustaba vivir entre sus costumbres salvajes. Entonces escogió para dormir una cueva confortable y seca en lugar de un montón de hojas húmedas; y después esparció arena limpia por el piso, y encendió una agradable hoguera con leña al final de la cueva; y colgó una piel seca de caballo salvaje, la cola hacia abajo, al frente de la entrada a la cueva, y dijo:

–Límpiate los pies, querido, cuando entres, y ahora llevaremos una casa.

Esa noche, mis queridos, comieron oveja salvaje asada en piedras calientes, y la condimentaron con ajo silvestre y pimienta silvestre; y pato salvaje con arroz salvaje y clavo silvestre y cilantro silvestre; y tuétanos de hueso de bueyes salvajes; y fresas salvajes y granadas salvajes. Y después el hombre se echó a dormir frente al fuego más dichoso que nunca. Pero la mujer permaneció sentada, cepillándose el pelo. Tomó el hueso del hombro del cordero –el gran hueso de la paleta– y observó las maravillosas marcas que tenía, y arrojó

más leña al fuego, y realizó una magia. Hizo la primera magia cantada en el mundo.

Allá en el pantanoso bosque salvaje todos los animales salvajes se reunieron en un lugar donde pudieron ver el fuego desde lejos, y se preguntaron qué podía significar.

Entonces caballo salvaje golpeó el piso con su casco salvaje y dijo:

–Ah mis amigos y Ah mis enemigos, ¿por qué el hombre y la mujer han hecho esa gran luz en la gran cueva, y qué daño nos podrá causar?

Perro salvaje levantó su nariz salvaje y olió el aroma del cordero asado, y dijo:

–Iré a mirar y observar y a decir; pues creo que va a ser bueno. Gato, ven conmigo.

–¡Na nai!– contestó el gato–. Yo soy el gato que camina solo y todos los lugares son lo mismo para mí. No iré.

–Entonces nunca podremos ser amigos de nuevo –dijo perro salvaje y se dirigió trotando hacia la cueva. Pero cuando ya se había alejado un poco el gato se dijo a sí mismo, “Todos los lugares son iguales para mí. ¿Por qué no puedo ir yo también y ver y observar y marcharme cuando quiera?”. Así que se deslizó detrás de perro

salvaje silenciosamente, muy silenciosamente, y se escondió en un lugar donde pudiera escuchar todo.

Cuando perro salvaje llegó a la entrada de la cueva levantó la piel seca de caballo con la nariz y olisqueó el maravilloso aroma del cordero asado, y la mujer, observando el hueso de la paleta, lo escuchó, y sonrió y dijo:

–Aquí viene el primero. Cosa salvaje de los bosques salvajes ¿qué deseas?

Entonces perro salvaje dijo:

–Ah mi enemiga y la esposa de mi enemigo, ¿qué es eso que huele tan delicioso en los bosques salvajes?

Entonces la mujer levantó un hueso del cordero asado y se lo lanzó a perro salvaje y dijo:

–Cosa salvaje de los bosques salvajes, agárralo y pruébalo.

Perro salvaje mordisqueó el hueso, y era mucho más delicioso que cualquier otra cosa que hubiera probado nunca, y dijo:

–Ah mi enemiga y esposa de mi enemigo, dame otro.



La mujer dijo:

–Cosa salvaje de los bosques salvajes, ayuda a mi hombre a cazar durante el día y a cuidar su cueva durante la noche, y te daré todos los huesos asados que puedas necesitar.

–¡Ah! –dijo el gato, escuchando–. Esta es una mujer muy astuta, pero no es tan astuta como yo.

Perro salvaje se arrastró por la cueva y puso la cabeza en el regazo de la mujer, y dijo:

–Ah mi amiga y esposa de mi amigo, ayudaré a tu hombre a cazar durante el día, y durante la noche cuidaré tu cueva.

–¡Ah! –dijo el gato, escuchando–. Este es un perro muy tonto.

Y regresó a los pantanosos bosques salvajes meneando su cola salvaje y caminando con su soledad salvaje. Pero nunca le contó nada a ninguno.

Cuando el hombre se despertó preguntó:

–¿Qué hace aquí perro salvaje?

Y la mujer dijo:

–Su nombre ya no es perro salvaje, sino el Primer Amigo, pues él será nuestro amigo por siempre y por siempre. Llévalo contigo cuando vayas de cacería.

A la noche siguiente la mujer cortó grandes manojos

verdes de hierba fresca de los prados de los arroyos, y los puso a secar frente al fuego, de tal forma que empezaron a oler como heno recién cortado, y se sentó a la entrada de la cueva y trenzó un cabestro hecho de cuero de caballo, y observó el hombro de hueso de cordero, el gran hueso de paleta, e hizo una magia. Hizo la segunda magia cantada en el mundo.

Y allá en los bosques salvajes los animales salvajes se preguntaron que habría sucedido con perro salvaje, y finalmente caballo salvaje pateó el piso con su casco y dijo:

–Iré y observaré y les diré por qué perro salvaje no ha regresado. Gato, ven conmigo.

–¡Na nai! –contestó el gato–. Yo soy el gato que camina solo y todos los lugares son iguales para mí. No iré.

Pero a pesar de todo el gato siguió a caballo salvaje silenciosamente, muy silenciosamente, y se escondió en un lugar donde pudiera escuchar todo.

Cuando la mujer escuchó a caballo salvaje cascabelear brioso con su larga crin, sonrió y dijo:



–Aquí llega el segundo. Cosa salvaje de los bosques salvajes, ¿qué deseas?

Caballo salvaje dijo:

–Ah mi enemiga y la esposa de mi enemigo, ¿dónde está perro salvaje?

La mujer sonrió, levantó el hueso de la paleta, lo observó y dijo:

–Cosa salvaje de los bosques salvajes, tú no vienes aquí por perro salvaje, sino por esta buena hierba.

Entonces caballo salvaje, cascabeleando brioso con su larga crin, contestó:

–Es verdad; dámela para comer.

–Cosa salvaje de los bosques salvajes –dijo la mujer–, agacha la cabeza y lleva puesto lo que te doy, y podrás comer de esta maravillosa hierba tres veces al día.

–¡Ah! –dijo el gato, escuchando–, esta es una mujer muy astuta, pero tan astuta como yo.

Caballo salvaje dobló su cabeza salvaje y la mujer le pasó por encima el cabestro trenzado y entonces caballo salvaje resopló sobre los pies de la mujer y dijo:

–Oh mi señora, y esposa de mi amo, seré tu sirviente por la gracia de esta maravillosa hierba.

–¡Ah! –dijo el gato, escuchando–. Este es un caballo muy tonto.

Y regresó a los pantanosos bosques salvajes meneando su cola salvaje y caminando con su soledad salvaje. Pero nunca le contó nada a ninguno.

Cuando el hombre y el perro regresaron de la cacería,

el hombre preguntó:

–¿Qué hace caballo salvaje aquí?

Y la mujer dijo:

–Su nombre ya no es caballo salvaje, sino Primer Sirviente, pues nos llevará de un lugar a otro por siempre y por siempre y por siempre. Monta sobre su lomo cuando salgas de cacería.



Al día siguiente, manteniendo su cabeza salvaje alta para que sus cuernos salvajes no se enredaran en los árboles salvajes, vaca salvaje llegó hasta la entrada de la cueva, y el gato la siguió, y se escondió igual como lo había hecho antes. Y todo sucedió como había sucedido las veces anteriores, y el gato dijo las mismas cosas que había dicho antes; y

El gato que caminaba solo

vaca salvaje prometió a la mujer que le daría leche todos los días a cambio de la maravillosa hierba, y el gato regresó a los pantanosos bosques salvajes meneando su

cola salvaje y caminando con su soledad salvaje. Pero no le contó nada a ninguno. Y cuando el hombre y el perro y el caballo regresaron de su cacería e hicieron las mismas preguntas que antes, la mujer contestó:

–Su nombre ya no es vaca salvaje, sino la Suministradora de Buena Comida. Ella nos dará la leche tibia por siempre y por siempre y por siempre, y yo cuidaré de ella mientras tú y el Primer Amigo y el Primer Sirviente van de cacería.

Al día siguiente el gato esperó a ver si algún otro animal salvaje se dirigía hasta la entrada de la cueva, pero ninguno se movió de los pantanosos bosques salvajes, así que el gato caminó solo y vio a la mujer ordeñando a la vaca, y observó la luz del fuego en la cueva, y olió el aroma de la blanca leche tibia.

Entonces el gato dijo:



–Oh mi enemiga y esposa de mi enemigo, ¿dónde está vaca salvaje?

La mujer sonrió y dijo:

–Cosa salvaje de los bosques salvajes, regresa a la selva de nuevo, pues me he trenzado el pelo y he guardado ya el hueso mágico, y ya no necesitamos de ningún otro amigo o sirviente en nuestra cueva.

El gato contestó:

–No soy ningún amigo y no soy ningún sirviente. Yo soy el gato que camina solo y desearía entrar a tu cueva.

La mujer dijo:

–Entonces ¿por qué no viniste con Primer Amigo la primera noche?

El gato se puso furioso y preguntó:

–¿Ha contado perro salvaje historias sobre mí?

Entonces la mujer sonrió y dijo:

–Tú eres el gato que camina solo y todos los lugares son lo mismo para ti. No eres ni amigo ni sirviente.

Lo has dicho tú mismo. Vete y camina solo por todos lugares que son los mismos.

El gato fingió sentirse apenado y preguntó:

–¿No podré nunca entrar a tu cueva?

¿Nunca podré sentarme cerca al calor del fuego? ¿Nunca podré beber la blanca leche



tibia? Eres muy sabia y hermosa. No deberías ser cruel incluso con un gato.

La mujer contestó:

–Yo sabía que era sabia, pero no sabía que era hermosa. Así que haré un trato contigo. Si alguna vez llego a decir una palabra en alabanza tuya, podrás entrar a la cueva.

–¿Y si dices dos palabras en alabanza mía? –preguntó el gato.

–Nunca lo haré –contestó la mujer–, pero si llegara a decir dos palabras en alabanza tuya, podrás sentarte cerca al fuego en la cueva.

–¿Y si llegas a decir tres palabras? –volvió a preguntar el gato.

–Nunca lo haré –contestó la mujer–, pero si llegara a decir tres palabras en alabanza tuya, podrás beber de la blanca leche tibia tres veces al día por siempre y por siempre y por siempre.

Entonces el gato arqueó el lomo y dijo:

–Ahora dejo la cortina a la entrada de la cueva, y el fuego al fondo de la cueva, y las vasijas de leche que están al lado del fuego, y recuerda lo que mi enemiga y la esposa de mi enemigo ha dicho.

Y el gato regresó a los pantanosos bosques salvajes

meneando su cola salvaje y caminando con su soledad salvaje.

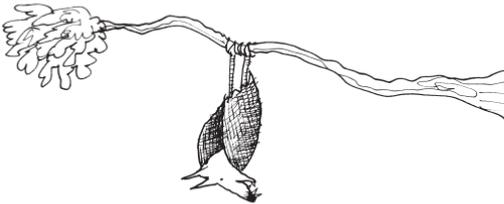
Esa noche cuando el hombre y el perro y el caballo regresaron a la casa de la cacería, la mujer nos les dijo nada del trato que había hecho con el gato, pues tuvo miedo de que talvez no les gustara.

El gato se marchó muy lejos y se escondió durante mucho tiempo en los pantanosos bosques salvajes con su soledad salvaje hasta que la mujer se olvidó de él completamente. Sólo el murciélago –el pequeño murciélago patas arriba– que duerme colgado en la cueva sabía dónde se escondía el gato, y todas las noches volaba hasta donde estaba el gato y le relataba las últimas noticias de lo que estaba sucediendo.

Una noche el murciélago dijo:

–Hay un bebé en la cueva. Es tierno y rosado y gordo y pequeño, y la mujer está muy encariñada con él.

–Ah, dijo el gato, escuchando–. ¿Pero que le gusta al bebé?



El gato que caminaba solo

Le gustan las cosas suaves y divertidas –contestó el murciélago–. Le gustan cosas calientitas que pueda abrazar cuando va a dormir. Le gusta jugar con ellas. Todas estas cosas le gustan.

–Ah –dijo el gato– entonces ya ha llegado mi momento.

A la mañana siguiente el gato atravesó los pantanosos bosques salvajes y se escondió muy cerca de la cueva hasta que amaneciera y el hombre y el perro y el caballo salieran de cacería. La mujer esa mañana estaba muy ocupada cocinando, y el bebé lloraba y la interrumpía. Así que la mujer lo llevó afuera de la cueva y le dio una manotada de piedritas para que se entretuviera. Pero aún así el bebé seguía llorando.

Entonces el gato sacó su acolchonada pata y la pasó por la mejilla del bebé, y este se arrulló; después el gato se restregó contra sus rodillas gorditas y con la cola le hizo cosquillas bajo la papada; el bebé se rió y la mujer lo escuchó y sonrió.



Entonces el murciélago –el pequeño murciélago patas arriba– que colgaba a la entrada de la cueva dijo:

–Oh mi anfitriona y esposa de mi anfitrión y madre del hijo de mi anfitrión, una cosa salvaje de los bosques salvajes está jugando maravillosamente con tu bebé.

–Una bendición para esa cosa salvaje cualquiera que sea –dijo la mujer, estirando la espalda–, pues yo estaba muy ocupada esta mañana y me ha hecho un favor.

En ese preciso minuto y segundo, mis queridos, la cortina de cuero seco de caballo que colgaba con la cola hacia abajo a la entrada de la cueva cayó de un golpe –¡wush!– pues recordaba el trato que la mujer había hecho con el gato; y cuando la mujer fue a recogerla, he aquí que el gato se encontraba ya sentado confortablemente dentro de la cueva.

–Oh mi enemiga y esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo –dijo el gato–, soy yo: pues has dicho una palabra en mi alabanza, y así ahora puedo acomodarme dentro de la cueva por siempre y por siempre y por siempre. Pero aún sigo siendo el gato que camina solo, y todos los lugares son iguales para mí.

La mujer estaba furiosa, y apretó los labios y se sentó a la rueca y empezó a hilar.

Pero el bebé lloraba porque el gato se había ido, y

la mujer no podía calmarlo, pues el bebé se retorció y pateaba y la cara se le ponía morada.

–Oh mi enemiga y esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo –dijo el gato–, saca un hilo de ese ovillo que estás hilando y átalalo a la rueca y déjalo caer al piso, y te mostraré una magia que hará que tu bebé se ría tan fuerte como ahora que está llorando.

–Así lo haré –dijo la mujer– porque me encuentro al borde de la paciencia, pero no te lo agradeceré.

Entonces la mujer ató el hilo al pequeño huso de arcilla de la rueca y lo estiró por el piso, y de inmediato el gato empezó a correr detrás del hilo y lo atrapaba con las patas y daba vueltas de cabeza, y lanzaba el hilo por encima del hombro y lo perseguía por entre las patas traseras y fingía que lo perdía, y saltaba una vez más encima del hilo, hasta que el bebé empezó a reír tan fuerte como cuando estaba llorando, y empezó a gatear detrás del gato jugueteando por todos los rincones de la cueva hasta quedar agotado y tranquilo para echarse a dormir con el gato en los brazos.

–Ahora –dijo el gato–, le cantaré una canción al bebé que lo hará dormir por lo menos una hora.

Y entonces empezó a ronronear, alto y bajo, bajo y alto, hasta que el bebé quedó profundamente dormido.

La mujer sonrió al verlos a los dos y dijo:

–Lo has hecho maravillosamente. No hay duda, oh gato, de que eres muy astuto.

En ese preciso minuto y segundo, mis queridos, el humo del fuego al fondo de la cueva cayó en forma de nubes desde el techo –¡puff!– pues recordaba el trato que la mujer había hecho con el gato, y cuando todo se aclaró, he aquí que el gato se encontraba echado confortablemente cerca al fuego.

–Oh mi enemiga y esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo –dijo el gato–, soy yo: pues has dicho una segunda palabra en mi alabanza, y ahora me puedo sentar frente al calor del fuego al fondo de la cueva por siempre y por siempre y por siempre. Pero aún sigo

siendo el gato que camina solo y todos los lugares son iguales para mí.

La mujer estaba muy pero muy furiosa, y se soltó el pelo y echó más leña en el fuego



y sacó el gran hueso de paleta del hombro del cordero y empezó a hacer una magia que le impidiera decir una tercera palabra en alabanza del gato. No era una magia cantada, mis queridos, era una magia silenciosa, y poco a poco la cueva quedó tan silenciosa que un diminuto ratón salió de una esquina y cruzó por el piso.

–Oh mi enemiga y esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo –dijo el gato– ¿también ese pequeño ratón es parte de tu magia?

–¡Uah! ¡Chite! ¡Para nada! –gritó la mujer, y soltó el hueso de paleta y saltó sobre el peldaño que había frente al fuego y se agarró el pelo rápidamente por temor a que el ratón pudiera subírsele por ahí.

–Ah –dijo el gato, observándola–, ¿no me hará daño el ratón si me lo como?

–No –contestó la mujer, recogiendo el pelo–, comé-telo rápido y estaré agradecida contigo para siempre.

El gato pegó un saltó y atrapó al ratón, y la mujer dijo:

–Mil gracias. Ni siquiera Primer Amigo es tan veloz como tú para atrapar un pequeño ratoncito. Debes de ser muy sabio.

En ese preciso minuto y segundo, oh mis queridos, la vasija con leche que se encontraba en el fuego se rompió en dos pedazos –¡ffft!– pues recordaba el trato

que la mujer había hecho con el gato, y cuando la mujer bajó de un salto del peldaño, he aquí que el gato estaba bebiendo de la blanca leche tibia que había en uno de los dos pedazos rotos.

–Oh mi enemiga y esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo –dijo el gato–, soy yo: pues has dicho tres palabras en mi alabanza, y ahora puedo beber de la blanca leche tibia tres veces al día por siempre y por siempre y por siempre. Pero aún sigo siendo el gato que camina solo, y todos los lugares son iguales para mí.

Entonces la mujer se rió y le puso un plato de leche blanca tibia y dijo:

–Oh gato, eres tan inteligente como cualquier hombre, pero recuerda que el trato no lo hiciste con el hombre ni con el perro, y no sé lo que podrán hacer cuando regresen a la casa.

Esa noche cuando el hombre y el perro entraron a la cueva, la mujer les relató toda la historia del trato con el gato, mientras el gato descansaba frente al fuego y sonreía. Entonces el hombre dijo:

–Está bien, pero el gato no ha hecho ningún trato conmigo ni con ninguno de los verdaderos hombres después de mí.

Después se quitó las botas de cuero y sacó su pequeña

hacha de piedra (ya van tres) y agarró un pequeño trozo de madera y un hacha (cinco cosas en total), y las puso en una fila y dijo:

–Ahora vamos a hacer nuestro trato. Si no cazas a los ratones mientras estés en la cueva por siempre y por siempre y por siempre, te arrojaré estas cinco cosas cada vez que te vea, así como lo harán todos los verdaderos hombres después de mí.

–Ah –dijo la mujer, escuchando–, este es un gato muy inteligente, pero no tan inteligente como mi hombre.

El gato contó las cinco cosas (que se veían bastante nudosas) y dijo:

–Cazaré ratones cuando esté en la cueva por siempre y por siempre y por siempre; pero aún sigo siendo el gato que camina solo, y todos los lugares son iguales para mí.

–No mientras yo esté cerca –dijo el hombre–. Si tú no hubieras dicho esa última frase yo hubiera puesto todas estas cosas lejos por siempre y por siempre y por siempre; pero ahora te voy a arrojar las dos botas y mi pequeña hacha de piedra (tres cosas en total) cada vez que te cruces por mi camino. ¡Así como lo harán todos los verdaderos hombres después de mí!

Entonces el perro dijo:

–Esperen un momento. El gato no ha hecho ningún trato conmigo ni con ninguno de todos los verdaderos perros después de mí.

Y mostró los dientes y dijo:

–Si no te portas bien con el niño por siempre y por siempre y por siempre mientras yo esté en la cueva, te perseguiré hasta atráparte, y cuando te atrape te morderé. Así como lo harán todos los verdaderos perros después de mí.

–Ah –dijo la mujer–, este es un gato muy inteligente, pero no tan inteligente como el perro.

El gato contó los dientes del perro (y parecían bastante afilados) y dijo:

–Me portaré bien con el bebé cuando me encuentre en la cueva, mientras no me hale la cola muy fuerte, por siempre y por siempre y por siempre. ¡Pero aún sigo siendo el gato que camina solo, y todos los lugares son iguales para mí!

–No mientras yo esté cerca –dijo el perro–. Si no hubieras dicho esa última frase yo hubiera cerrado la boca por siempre y por siempre y por siempre, pero ahora te perseguiré hasta un árbol cada vez que te vea. Así como lo harán todos los verdaderos perros después de mí.

Entonces el hombre le arrojó al gato las dos botas y la pequeña hacha de piedra (tres cosas) y el gato salió corriendo de la cueva y el perro lo persiguió hasta un árbol; y desde ese día hasta hoy, mis queridos, tres verdaderos hombres entre cinco siempre arrojarán cosas al gato cada vez que se lo encuentran, y todos los verdaderos perros lo perseguirán hasta un árbol. Pero el gato mantiene su parte del trato también. Matará los ratones, y se portará bien con los bebés cuando esté en la casa, en tanto los bebés no le halen la cola muy fuerte. Pero cuando haya hecho todo esto, y de vez en cuando, y cuando la luna salga arriba y llegue la noche, él es el gato que camina solo, y todos los lugares son iguales para él. Entonces saldrá hacia los pantanosos bosques salvajes o a los húmedos árboles salvajes o a los húmedos techos salvajes, meneando su cola salvaje y caminando con su soledad salvaje.

F I N



RELATOS PARA NIÑOS
Y OTROS LECTORES
FUE EDITADO POR
EL INSTITUTO
DISTRITAL DE
CULTURA Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA



libro al viento

BAJO EL NÚMERO
TREINTA Y UNO Y SE
IMPRIMIÓ EL MES DE
DICIEMBRE DEL AÑO
2006 EN BOGOTÁ